

CONTESTACIÓN
de DON LAUREANO VALLENILLA LANZ

Señoras, señores:

Hace ya muchos años que el doctor Lisandro Alvarado debía ocupar un sillón en esta Academia. Era de justicia. Así lo creíamos todos aquellos que antes que él habíamos recibido el honor de ser acogidos por la docta corporación. Pero un precepto reglamentario se oponía, porque el doctor Alvarado no residía en Caracas, aunque también es cierto que no residía en lugar alguno, pues su afán de saberlo todo, de investigarlo todo, de estudiarlo todo, lo había convertido desde sus años juveniles en un formidable andariego que tan pronto escalaba las cordilleras andinas sufriendo el frío de los páramos, como desafiaba los ardores caniculares de nuestras llanuras: tan pronto ambulaba por las orillas del Támesis registrando las ventas de libros viejos y adquiría una antigua edición de Lucrecio, como enviaba desde El Tocuyo los primeros pliegos de la traducción *De Rerum natura* al eminente amigo que le acompañaba en aquellas excursiones por la gran metrópoli británica... Pero al fin, no quiero decir que sea la edad, porque nuestro querido sabio se mantiene aún vigoroso y ágil, ni menos el cansancio, porque él continúa siendo un trabajador incansable: ha sido la suerte, y una gran suerte para nosotros, que al fin se haya resuelto a ser un sedentario; y apenas resolvió fijar su residencia en esta capital, cuando tanto la Academia de la Lengua como la de la Historia se apresuraron a llamarle a su seno, a abrirle los brazos para que viniera a poner a nuestros alcances la multiplicidad de sus conocimientos. Y aquí le tenemos ocupando nada menos que el sillón vacante por la desaparición de uno de los hombres más ilustres que han tenido las ciencias y las letras venezolanas, y cuyo elogio, no tan amplio como lo hubiéramos deseado, acabáis de oír de los propios labios del recipiendario. Villavicencio ha sido uno de los hombres que mayor y más profunda influencia ha tenido en la evolución de nuestra mentalidad, en el desarrollo de nuestra cultura, en los últimos cincuenta años. Junto con el inolvidable Ernst, fue el mentor de una generación que honrará siempre la Patria. Rompió con los viejos moldes románticos y espiritualistas; y a tiempo que el ilustre alemán predicaba desde su cátedra de Ciencias Naturales las doctrinas de Darwin, Villavicencio hacía conocer la filosofía positiva de Augusto Comte y de sus discípulos, explicaba las teorías de la evolución, vulgarizaba las doctrinas de Herbert Spencer y con aquella prodigiosa memoria de que ha hablado en su discurso el doctor Alvarado, exponía la interdependencia de las ciencias modernas estableciendo las íntimas relaciones que existían entre su cátedra de filosofía y de historia y la del doctor Ernst.

Al hacer resaltar entre las dotes eminentes del doctor Villavicencio su asombrosa memoria, parece que el doctor Alvarado sufriera una deficiencia de apreciación, pues una cosa es tener memoria y otra de qué acordarse; y el cerebro de Villavicencio era un riquísimo arsenal de conocimientos universales; sabía de todo, hablaba de todo, hacía alarde hasta el final de sus días de estar al corriente de las últimas investigaciones de la ciencia; y si en apariencia era cambiante en las ideas, poseía principios fijos, profundamente arraigados en su espíritu. No era un *dilettante* sino un sabio conscientemente convencido de que en el constante desarrollo del espíritu humano las verdades indiscutibles de hoy pueden ser los más crasos errores de mañana. No tenía cerebro ni corazón para ser ni un dogmático ni un fanático; profesaba en la ciencia como en la vida la doctrina de la tolerancia, que era la más propicia a la bondad de su corazón. La

blancura inmaculada de sus canas, el tinte sonrosado de su piel y su pulcritud en el vestir parecían revelar la pureza de su vida, la ecuanimidad y la dulzura de sus sentimientos.

Uno de los hombres más representativos de aquella generación educada por Ernst y por Villavicencio es el doctor Lisandro Alvarado. Médico, filólogo, políglota, naturalista, etnógrafo, historiador, crítico de literatura y de arte, su deseo inmoderado de saber le ha arrastrado a abordar todos los conocimientos humanos. Y aunque le pese es también un sociólogo. Todos sus estudios, todas sus investigaciones constituyen un aporte interesantísimo a la sociología venezolana. Así cuando estudia las razas indígenas, sus orígenes, sus dialectos, sus costumbres, como cuando observa la neurosis de nuestros hombres políticos y penetra en la psicología de nuestra Guerra Federal para estudiar la evolución de los principios democráticos. Sólo que el doctor Alvarado quiere ahora protestar contra el concepto jafético que ha prevalecido en todos sus trabajos, sin percatarse de que cuantos nos ocupamos hoy en Venezuela de cuestiones históricas y sociológicas, no hacemos sino seguir el camino que nos trazaron los que como él son, por su mentalidad y por su ciencia, descendientes legítimos de Jafet.

No estamos en la obligación ni sería posible el hacer un análisis del discurso que acabáis de oír y que es, en mi concepto, la revelación más completa de la mentalidad de nuestro ilustre compañero. Cada párrafo, cada período y hasta cada línea es una muestra de la profundidad y de la variedad de sus vastísimos conocimientos, y el conjunto es un modelo del método con que siempre expone sus ideas y del cual hizo gala en su Historia de la Guerra Federal, por más que espíritus prevenidos hayan querido encontrar cierta confusión en aquella obra, incompleta sí, pero admirable por su claridad y precisión.

Señor doctor Alvarado:

La Academia Nacional de la Historia os presenta por mi órgano su más cordial bienvenida, y yo me siento particularmente complacido por haberme tocado esta honrosa y simpática misión.